

V

*Paris, 4 de Mayo de 1910.*

Amigo Aurelio: Ya estoy del todo tranquila y puedo darle las gracias por la parte que quiso tomar en mis sufrimientos. El sábado no me encontraba aún bien, y no pude ir á casa de los Craud. Don Juan Antonio Méndez, que vino tan generosamente como usted á prestarme ayuda, me dijo que en la reunión se extrañaron de mi falta y que usted propuso que enviaran á ver si estaba enferma. Gracias otra vez.

Hablamos mucho de usted, y don Juan Antonio me dijo que usted piensa hacer un viaje á América. ¿Cómo no me ha dicho usted nada? Yo creo que hace bien, que debe irse de aquí. Usted tiene derecho á ser feliz. ¡Quién pudiera estar en el mismo caso! No piense que fué curiosidad ni indiscreción lo que me hizo indagar acerca de su vida. El no me hubiera dicho nada,



á no haber comprendido que era sólo interés, y ya ve usted: me dijo todo cuanto podía decirme... Váyase, Aurelio.

¿Por qué no ha vuelto usted por acá á vernos? Le agradezco infinitamente los juguetes que le mandó al niño. Ya están todos rotos, y ahora, con los pedazos, se divierte mucho más que antes. Venga, siempre que tenga un rato de tiempo... ¿Sabe ya su mamá lo del viaje? Quizás ella no se lo aconseje; pero... Me llaman, y quiero que reciba usted hoy esta carta. Gracias aún otra vez. ¿Hasta pronto? Bien sabe lo de veras que lo estima su amiga,

NATALIA.

*8 de Mayo.*

Querido Aurelio: Al empezar esta carta he tenido la misma duda que tienen las niñas cuando escriben á su primer novio. ¿Cómo encabezarla? Y al fin he decidido ser sincera, porque, en nombre de esa sinceridad que nos debemos, quiero hablarle, quiero disuadirle. Sí, *querido Aurelio*. Lo quiero, y su carta de ayer me ha hecho mucho bien y mucho mal. Las vicisitudes de mi vida tienen la culpa de que esté ya en ese

estado en que los amores no necesitan ser correspondidos; lo que me ha hecho mal de su carta es ver que usted me quiere, y presentir que me quiere con todas esas terribles exigencias materiales que entre nosotros no han de existir. Le aseguro que en mi cariño nada hay de maternal; si en vez de vivir yo aquí, estuviera en América, y usted llegase y encauzara su vida y no tuviera ante sí el problema moral que ahora tiene, probablemente yo me refugiaria en todo el bien y en todo el mal de su cariño, con la impetuosa desesperación del que lo ha perdido todo; pero ahora no... Yo siento no poder hacerle comprender: usted puede decir que soy su amante; las gentes que nos conocen pueden creerlo: me es igual. Si cuando usted se vaya oigo decir que he sido su querida, tendré una alegría suave, se lo juro... Pero no quiero serlo. Usted se irá, usted ha de ser fuerte. Hay algo más importante que el momento; y le aseguro que al decirle esto hago un sacrificio, porque para mí todo es pasado y para usted todo porvenir. ¿Se lo diría si fuera egoísta? Podemos romper todos los lazos con el ayer, pero no con el mañana, pues se corta lo que se conoce y no puede cortarse lo que escapa á nuestros sentidos, aunque exista. El momento pasa y el porvenir lo forman una sucesión de momentos por los que debemos tener un re-



ligioso interés. Cada uno de esos instantes, tan principales como el presente, tienen, además, el valor que les da estar más cerca del fin, cuando ya no se puede rectificar. Hay que trabajar sobre nosotros, ennoblecernos. Del mismo modo que por la educación nos apartamos de las fealdades rudimentarias y nos hacemos sensibles á las bellezas del pensamiento, ó del ritmo, ó de la forma, ó del color, la cultura nos eleva y lima las aristas del espíritu: nos hace buenos. Debe ser por cultura y no por instinto, por lo que no robamos aun sabiéndonos impunes, por lo que no matamos, por lo que no despedazamos á la rival que nos disputa con vil propósito lo que al entrar en nuestro corazón, por sólo estar en él, nos lo hace parecer inmenso. ¡Oh, si no fuera por lo que yo misma pudiera pensar de mí! Y la cultura primordial no es la que nos permite completar ó repetir cuanto dicen los libros que leemos, sino la que nos da fuerzas para rectificar la dirección de nuestras ansias. En el sacrificio hay tanto valor como en la conquista; son dos movimientos homogéneos del alma: uno deja la fatiga de lo que se hizo, el otro la energía almacenada de lo que pudo hacerse. ¿No lo cree usted así, Aurelio? Yo sé que esto tal vez le parezca desagradable, que madame Luzis sabría hablarle de otra manera.

No quiero hablarle de mi desgracia, porque la desgracia aumenta el amor. Tal vez si usted no fuera desgraciado... No, de todos modos creo que lo hubiera querido. Usted necesita darse bien cuenta de que no es feliz; le hace falta no engañar su infortunio para hallar en él las fuerzas que necesita, si quiere redimirse. No me pregunte cómo, pero todo lo sé. Los que le quieren bien y «los otros» me han dado detalles suficientes para reconstruir justamente la historia.

No sé cómo escribirle lo que quiero. ¿Verdad que es terrible que las verdades profundas del alma se tengan que decir con las mismas palabras con que se dicen las mentiras, las vulgaridades? Debiera haber palabras santificadas y claras que sólo se pudieran emplear en esos momentos en que todo en nosotros quisiera subir hasta el nivel de nuestra facultad más alta; debería haber palabras que por sí sugirieran á quien las lee toda la confraternidad de pensamientos que conmueven á quien las escribe. Yo le pongo aquí: «Querido Aurelio», y querría que se penetrara usted del sentido á la vez puro y apasionado de esas palabras; yo le he insinuado mi odio hacia madame Luzis, y quisiera que en esa insinuación comprendiese usted que yo le daría gustosa lo que ella desea, si, al dárselo, no le encadenara'á esta vida que es para usted de



ignominia, de parásito, de mal hombre. ¿Comprende? No, sé que me explico mal, que soy confusa, y, sin embargo, agoto todos mis esfuerzos en tratar de ser comprendida, porque hasta que no lo sea no acepto la felicidad que con su cariño me ofrece. Hay algo superior á quererse, á encontrarse, á ahitarse: servirse uno á otro de báculo para sortear los pasos difíciles, servirse de sostén en las desesperaciones y en los desmayos, ser la guía y el estímulo, el refugio, el sedante que nos tonifique, cuando las asperezas del camino nos hagan demasiado mal. Usted se irá, Aurelio. Aquí su pasado le traza el camino de su porvenir; porque si el día más feliz encontrara una sonrisa irónica en el rostro de un viejo conocido, esa sonrisa bastaría para acibararlo, y caso de que no la encontrase, el temor de hallarla le impediría el sosiego que necesitamos para no ser desdichados; que aunque todas las felicidades tienen una base movediza, sólo cuando nos damos cuenta de la dificultad del equilibrio, caemos. Y este temor usted lo tendría siempre.

Quiero todavía decirle otra vez que en mi decisión las gentes que nos rodean no tienen ninguna influencia; soy yo la que estoy dispuesta á imponerle el deber y á imponérmelo á mí. El amor, como el fuego, es sagrado; pero cuando

sirve para hacer caer, disculpa la caída; y cuando sirve para reelevantar, no tiene que perder nada de su integridad aceptando la merced del perdón. En la resistencia, en el deber, hay también un goce por lo menos tan intenso como el goce de la materia, ya que el espíritu, á semejanza de un arco siempre tenso, nunca posee bastante. Recuerde usted la frase de don Juan Antonio: «El hastío está más allá de la posesión». Yo sé cómo se odia á la persona que penetra furtivamente en nuestra vida y la malogra. No, Aurelio, no quiero nunca ser odiada así; no quiero que cuando la carne se fatigue, el espíritu tenga el rubor, la desolación de haberse dejado vencer por lo que vale menos en nosotros. Quiero verle venir á mí, tranquilo. Que su amor no se rebase, que tenga el reposado nivel de las aguas vivificadoras; nuestras vidas son los campos amenazados. Sirvan las aguas del amor para favorecer la germinación de la buena semilla.

Y usted me conoce bien: no soy beata ni hago ostentación de mis creencias, como si fueran un mérito ó un escudo. Desgraciadamente, mi educación religiosa se reduce á esas minucias del Catecismo, que cortan las alas al alma y reducen el amor de Dios á un formulario. Pero cada día siento que mis obligaciones para conmigo son mayores, que mis actos tienen trascendencia.



Mi familia era protestante, y cuando tomé, con otras niñas, la primera comunión, el pastor nos regaló á cada una un ejemplar de la Biblia, que tenían, copiados por él, en la primera página, sendos versículos apropiados al carácter de cada una. Contingencias violentas alejaron á mi familia de las prácticas religiosas, extirpando en ella el protestantismo, que era, mejor que una necesidad espiritual, una herencia de mis abuelos. Yo he guardado esa Biblia, sobre todo porque mi madre proyectaba comenzar á leerla todas las noches, sin que pudiera jamás pasar de la historia -e José. Hace unos días, revolviendo viejas cosas, la he encontrado y he leído el versículo que escribió con temblorosa letra aquel pastor, cuyo rebaño habrá corrido tan diversas suertes. ¿Por qué me puso este versículo? «Pasad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la vía que conducen á la perdición, y muchos son los que la siguen»... ¿No le dice á usted nada esto, Aurelio?

Venga á verme tranquilo, sin deseos bastardos, seguro de mi cariño y seguro del suyo; venga á verme sin ese mal sobresalto hijo del deseo. Merezcámonos confianza. Hablaremos de nuestro amor sin zozobras, y ya que á todo amor le es precisa una voluptuosidad, démosle la que sin duda han tenido en la abstención cuantos

han preferido sacrificarse, sabiendo que siempre hay desilusiones al adquirir. Yo creo que, en el fondo, el sacrificio tiene, además de la conveniencia moral, su revancha.

Hablaremos del porvenir, haremos juntos su equipaje espiritual. Usted me prometerá que mi recuerdo le dará ánimo, y yo le juraré que si alguna vez alguna tentación ó alguna ocasión de venganza se me ofrece, será usted quien me impida tomarla. ¿Acaso esto no ha ocurrido ya? Cuando apenas usted me conocía, yo seguía su vida con interés y odiaba casi tanto á quien lo arrastraba que á quien deshizo mi existencia. Venga usted á verme y le diré que le quiero, sin arrebato, con el firme reposo de las convicciones; como, después de dejar pasar un largo minuto de reflexión antes de escribirlo, le escribo al final de esta carta: le quiere todo cuanto puede querer,

NATALIA.

*Día 15.*

Querido Aurelio: Decididamente tengo que recurrir á mi autoridad maternal y reñirle: su carta está llena de frases violentas, de cosas in-



dignas de usted, porque lo revelan un poco vanidoso y amigo de atenerse al juicio que se hace sobre las reglas generales. Cada persona es una excepción de una regla general que no existe. He dejado pasar tres días para contestarle, porque quería encontrarme tranquila, segura totalmente de mí, para convencerle de que no existen en mí esas ideas contradictorias que reprocha á mi carta. No soy, como dice, unas veces cariñosa y otras fría y seca. No, Aurelio; mi pensamiento es para usted siempre cariñoso, y cuando le parezca más severa mi palabra, más grande es la indulgencia que desea vencer. Hoy me encuentro bien para escribirle. Ayer, con la tempestad, se descargó la atmósfera; la noche es hoy límpida; desde mi ventana—ya es muy tarde—se ve la calle desierta; el niño duerme delante de mí; la luz que ilumina el papel donde escribo es azul, como debe ser el color de la calma; todo es apacible, y estos elementos de serenidad me hacen bien. Siento que hoy voy á escribirle cuanto quiero.

Tal vez hubiera en mi carta anterior la turbación que usted ha notado; pero de ella, como propósito fundamental de ésta, quiero recoger una idea: «Usted se irá, Aurelio, porque necesita irse: hay que pasar por la puerta estrecha». Voy á decirle las mismas cosas, tal vez con

palabras más persuasivas. Si le aburro, puede economizarse el mal rato de la lectura.

Hay en su carta, encubierto bajo el tono afectuoso, un acento de protesta contra el dejo *mis-tico* de algunos de mis párrafos, y esa protesta me parece venir más del ambiente, de las ideas comunes que ha oído acerca de las mujeres, que de usted mismo. La violencia con que me acosa me hace pensar que usted juzga casi un refinamiento de histerismo mi proposición, que piensa, á favor de un momento de ternura ó de sorpresa, derrotarme. Así me perderá irremisiblemente. Y nunca como al decirle esto, he lamentado no valer mucho para que el temor de perderme le contuviera. ¿Por qué ha de obstinarse en no comprender? ¿Por qué ha de quererme catalogar entre las mujeres que conoce, en lugar de dejarme entre las desconocidas que son como yo soy? Y esto no es un reproche. Si no le creyera capaz de desasirse de esas creencias, no tendría usted cartas mías, y no tendría mi corazón.

No quiero tener que decirle cosas duras. Creo que si se enfadara conmigo, iría á adularle, á besarle los pies, á hacerle quizá promesas, para, una vez de nuevo atraído, decirle las mismas cosas duras, negármele con igual náusea, sentir el mismo desprecio por su mezquindad de com-



prensión. Ya ve si le quiero y si mis decisiones son firmes.

Hasta ahora no le he hablado de nuestra diferencia de edades, porque ella no es un obstáculo, mientras nuestro amor se conforme á no mancharse con viles exigencias que lo menguarían, que lo harían perecer. El contrasentido que pretende ver en mi carta, no existe; yo reúno todos mis esfuerzos para extirpar en mí la ponzoña de los celos materiales. Si le veo con cualquier mujer, no sufriré. No debe venir á buscar en mí lo que cualquier otra puede darle, sino aquello que le es hoy más menester que todo. Si he insistido acerca de madame Luzis, es por la manera como le quiere: Usted bruto, feliz, depravado, le sería lo mismo. Ella quiere hallar en usted una represalia de haber sido pagada tanto tiempo. La herencia que le dejó el barón ruso por cuidarle en su lecho de muerte, necesita emplearse en pagar un lacayo amoroso. Y aún sobre los atractivos de su persona dominan en ella la elegancia con que usted viste, la prodigalidad con que ha derrochado el dinero. Sebastián dice todo esto con una frase más grosera, pero más gráfica: «Madame Luzis quiere conquistar a Aurelio, porque da cartel». ¿Se resignaría usted á caer de nuevo, aunque fuera en una sima de apariencia algo menos horrible?

Me dice que tenemos la monomanía de hacer del amor una cosa triste, y hay en esa protesta mucho de afirmaciones leídas, ó un alejamiento punible de la realidad. Todo cuanto para defender su aserto pueda decirme, lo sé. Sé que en la mitología griega los dioses del Amor eran regocijados, y que los escultores perpetuaron sus rostros risueños. ¿No puede venir esto de una equivocación de nombres? ¿Le hace falta á usted amor para encontrar una *midinette* bonita é irse á cenar con ella? ¿Haría falta amor al artista que esculpió una estatua de Eros ó de Cupido, para llevar á su taller á una jovencita hallada al azar? Ni él ni usted han sentido la preocupación del porvenir de aquella que estuvo junto á ustedes y compartió de una manera eventual el pan de sus mesas y el calor de sus lechos. Al día siguiente no les preocupó si ese pan para el cuerpo ó para el alma falta, porque otra advenediza ocupa el puesto que ella dejó vacío. Y ellas ríen, y ustedes ríen y piensan: «El amor es alegre como antes de que el cristianismo lo amargara; es alegre como era en los decamerones, en los buenos tiempos en que el chasquido de un beso no era algo nefando»; y se equivocan, Aurelio: eso no es amor. Siento carecer de sabiduría para ponerle ejemplos. Pero estoy segura de que en Grecia, antes de que Jesús reco-



rriera el mundo, hubo mujeres á quienes el amor hizo inclinar las frentes con dolor, y hombres á quienes el amor ensombreció la vida; estoy segura de que las hubo en Alejandría y en Roma y en Bizancio. Porque hay cosas en nosotros sobre las cuales las civilizaciones apenas han ejercido influencia: centros inmutables del sentimiento, sobre los que accionan con pujanza, igual hoy que ayer, las fuerzas del dolor, de la alegría y de la inquietud. La simpatía moral ó física no es el amor, son caminos que van hacia él. Cuando se dice «amar con locura», se expresa implícitamente algo de la falsedad de la palabra. El amor no debe tener necesidad del paroxismo, como la religión no debía tener necesidad del milagro. Cuando no se puede amar con cordura, es que no se ama. Y como en el amor se resumen, elevadas á grado superlativo constante, todas las momentáneas fiebres—ternura, deseo, interés—que da la hora pasional, de aquí que en él, como en la vida, haya una cuantiosa parte de tristeza. En la hora febril se olvida todo, los sentidos triunfan, no hay pasado ni porvenir: los nervios dominan. Y cuando la hora pasa, si no hay amor, no hay preocupación de librar *al otro* de esos dolores que en todo momento nos acechan. La sensualidad, mejor dicho, la materia, ha querido robar para sí sola el

nombre «Amor», en el cual no tiene sino una pequeña parte. No pretenderá usted que lo que siente una madre hacia su hijo no es amor, y en él hay tristeza; no pretenderá que no es amor el que siente un hermano hacia otro, y en él hay tristeza; no pretenderá darle otro nombre al amor que yo le tengo, y en él hay tristeza, mucha tristeza, Aurelio. Hay tristeza siempre, porque queríamos hacer llover sobre el amado todas las bendiciones, apartar de su ruta todos los peligros, someter á su voluntad las cosas vivas y las cosas inanimadas; hay tristeza y hay dolor, porque amar es hacer de la angustia y de la incertidumbre un estado normal. Se besa á un hijo, se besa á un amante, se besa á un hermano: por eso es el beso sagrado, por ser la caricia suprema, la expresión instintiva de todas las formas del amor.

No es que yo abomine de la materia, no es que caiga en la estéril mojigatería de negarle lo que le es debido. Es que en nuestro caso la materia tiene que ser sacrificada. Si usted se queda... ¿Qué pasará si usted se queda, Aurelio? No, usted seguirá mi consejo. Mire si París le es adverso, que á la primera persona que le habla con desinterés y altitud, teme venir á verla. Tiene usted razón, no venga á verme aquí; aquí, donde no sabría usted ser pobre, trabaja-



dor y bueno. La semana próxima no iré á casa de los Craud; esta vez no sorprenderá: me creen enferma. Usted sabe el proyectado viaje á Trouville. ¿Me habría yo sumado á ese veraneo colectivo, á no ser por usted? Sin anunciarles nada, váyase á El Havre. Allí, frente al mar, ante la novedad de los parajes, nos haremos la ilusión de una vida nueva; somos dos personas que se conocen en un paseo, casualmente; nuestro pasado ha desaparecido. Y nos esconderemos de ellos para hablar de cosas nobles, seguros de que nuestras entrevistas serán mal comentadas. Y un día, sin decírmelo, sin dejármelo sospechar, Aurelio, usted partirá... y hasta me olvidará también. ¡Y le juro que no querría ser olvidada! Este grito es del alma, que se aferra al deseo de oponerse á la corriente devastadora de la vida... Partirá usted y me olvidará, porque la predisposición al olvido es el mejor don que debemos al cielo... ¡Yo he olvidado tantas cosas que no creí poder olvidar nunca!...

Y mire cómo mi amor no es maternal, mire cómo hay en él esas nimiedades que creemos hijas de la ingenuidad de los pocos años... He pensado que nuestra primera conversación no debe ser delante de gente, y he comprado una guía de El Havre. ¡Si me viera curvada sobre el plano, leyendo los nombres de las calles des-

conocidas!... Es muy difícil darse cuenta: una mancha azul, no nos sugiere el mar; dos líneas paralelas que ondulan, no pueden evocarnos una calle de árboles. Y aquí hay una franja que dice: «Boulevard Maritime». La guía explica que uno de sus lados lo forman una multitud de hotelitos que escalan la pendiente, y que el otro mira á la playa. ¿Quiere que nos encontremos ahí, en ese paseo, en el lado que toca el mar, el miércoles, á las cinco de la tarde?... El niño tose; vuelvo en seguida, Aurelio.

Al arrojar al niño he visto el reloj y la luz gris del alba que clarea en los cristales. ¡Cuántas horas escribiendo esta carta que usted va á leer en algunos minutos!... En la calle se sienten los primeros ruidos del tráfico; en un balcón de la casa frontera hay una luz amarilla que disuena en la naciente claridad del día. ¿Qué pasará? Ojalá que no sea nada malo... Estoy extenuada y tranquila. Mire si el amor que usted juzga extraño y hasta indigno de llevar ese nombre, es fuerte y es puro, que escribo á mi amante enfrente de la camita de mi hijo, y escribo sin remordimientos, casi con orgullo.

¿Hasta el miércoles? Aun le escribiría más, pero es preciso ser razonable.

NATALIA.



En el sentimiento de Aurelio vibraban estas palabras de Ricardo Nors:

—Las cartas son tal vez el documento psicológico más importante; más importante aún que el «Diario», porque el «Diario» es un pleonasmo, un narcisismo, y las cartas son una superabundancia. El «Diario» es consignación del pasado; las cartas tienen el vivaz movimiento del presente. Una carta es algo que sale de un espíritu expresamente para otro espíritu. Carece del carácter de meditación ó improvisación que otros géneros de escritura. Casi todos decimos más en una carta que diríamos en una plática. El papel es como un interlocutor atento. A veces, cuando entre un renglón y otro, entre una y otra frase, entre dos palabras, hay un espacio irregular, el que no sabe ver piensa: «Es nerviosismo, desigualdad irreflexiva de la caligrafía». No; es que el interlocutor ha hablado, que el otro «yo» vivo en cada uno, opuso su pensamiento á los que bajaban del cerebro al papel.

Las cartas que se imprimen son como las flores que se desecan: gana con ello el conocimiento humano, pero hay algo perdido, y eso que se pierde, ya en la flor, ya en la carta, es lo que más vale: fragancia, frescura, lozanía. La carta

no tiene la pretensión de lo que se escribe para muchos, ni el descuido de lo que sólo ha de ser leído por nosotros. Debemos amar, sobre todas, esas cartas amarillentas que aparecen de tiempo en tiempo en el fondo de un cofre, olvidadas. Momias de deseos, momias de ternuras, momias de bellas inquietudes que, merced á una alquimia maravillosa, guardan el alma impresa sobre la lívida amarillez de la piel.

Y Ricardo Nors decía estas palabras con acentos persuasivos, mientras Aurelio pensaba en aquellas cartas que se proponía conservar siempre, hasta que el tiempo pusiera sobre ellas un sudario amarillo, hasta que fuesen momias del sentimiento de Natalia Roca al escribirlas y de la confusa agitación suya, al leerlas.